

Proyecto para Palacio en Versalles.

Consideraciones particulares sobre la arquitectura

*Etienne-Louis Boullée (1728-1799) fué el arquitecto que inició y dirigió la reacción contra el estilo Luis XV. Proyectista de gran imaginación, así como escritor, su trabajo y sus ideas donde mejor son apreciados es en su manuscrito *Architecture, Essai Sur l'Art*, que se guarda en la Biblioteca Nacional de París, y que ahora se ha publicado, por primera vez, en el libro *Boullée's Treatise on Architecture*, de la Editorial Tiranti, de Londres.*

A una parte de este manuscrito pertenece el texto que a continuación se publica:

Las bellas artes nos producen goces agradables. La arquitectura une, evidentemente, lo útil a lo agradable. Las concepciones que corresponden a la arquitectura abarcan desde la cabaña rústica hasta la disposición general de un gran Imperio. Nadie tema que me proponga examinar las múltiples combinaciones que exigiría un conjunto tan inmenso, no sólo porque mis fuerzas no me lo permitirían, sino porque una empresa de esa importancia está subordinada, necesariamente, a las nociones prescritas por la Naturaleza.

Por ello quiero solamente poner de relieve, de una manera general, los medios particulares de que dispone esta bella arte, y mediante los cuales puede contribuir, y agregar aún más gloria, a un gran Estado.

Supongamos una gran masa de gente que va a establecerse en una región cualquiera. La más urgente e importante de las operaciones será la de limpiar la tierra que va a habitar de toda influencia maligna, con objeto de conservar la vida de todos los individuos.

La segunda operación será la de procurarles abundancia de alimentos, dejando en reserva para ello todas las tierras adaptables al cultivo. La ciudad que haya de ser la capital, las ciudades del comercio y las demás serán erigidas en lugares favorables a sus funciones, y estarán dispuestas de manera que puedan, por sus relaciones respectivas, servirse y socorrerse mutuamente.

Todos los puertos, los canales y todas las comunicaciones deberán establecerse de la manera más favorable para el comercio. Todo lo que debe abarcar las necesidades de la Humanidad y asegurar la tranquilidad del Estado, igualmente dispondrá de sus medios propios de defensa. Y, en último lugar, todo aquello que pueda procurar aquellas diversiones que hacen agradable la vida, deberá ajustarse igualmente a esa misma disposición.

Yo imagino este plan semejante al del árbol de la ciencia. De un centro común partirán todas las ramificaciones bienhechoras, las cuales se extenderán por todas las partes del Imperio.

Si para un solo monumento—como puede juzgarse por la Memoria de la Academia de Ciencias con motivo de los hospitales—el Gobierno se ha visto en la necesidad de consultar a los sabios de la nación, la disposición de un Imperio y todo lo que debe comprender un conjunto tan inmenso deberá precisar la reunión de todos los conocimientos del espíritu humano.

A mi juicio, la arquitectura puede ser llamada la Minerva de las bellas artes. Sus principios constitutivos emanan del orden, imagen de la sabiduría. Gracias a la arquitectura, las demás bellas artes, y en especial la pintura y la escultura, adquieren su mayor esplendor. En un templo, en la bóveda interior de una cúpula, es donde la arquitectura prepara a la pintura la más noble, la más vasta y más excelsa de todas sus finalidades. ¿No acaece lo mismo en lo que se refiere a la escultura? El conjunto de un templo, ¿no está combinado de manera que puedan resaltarse todas las bellezas

de la escultura por las figuras y los relieves o bajorrelieves que forman la decoración? Y ciertamente que es en estas construcciones en donde estas artes pueden admirarse y contemplarse de la manera más favorable.

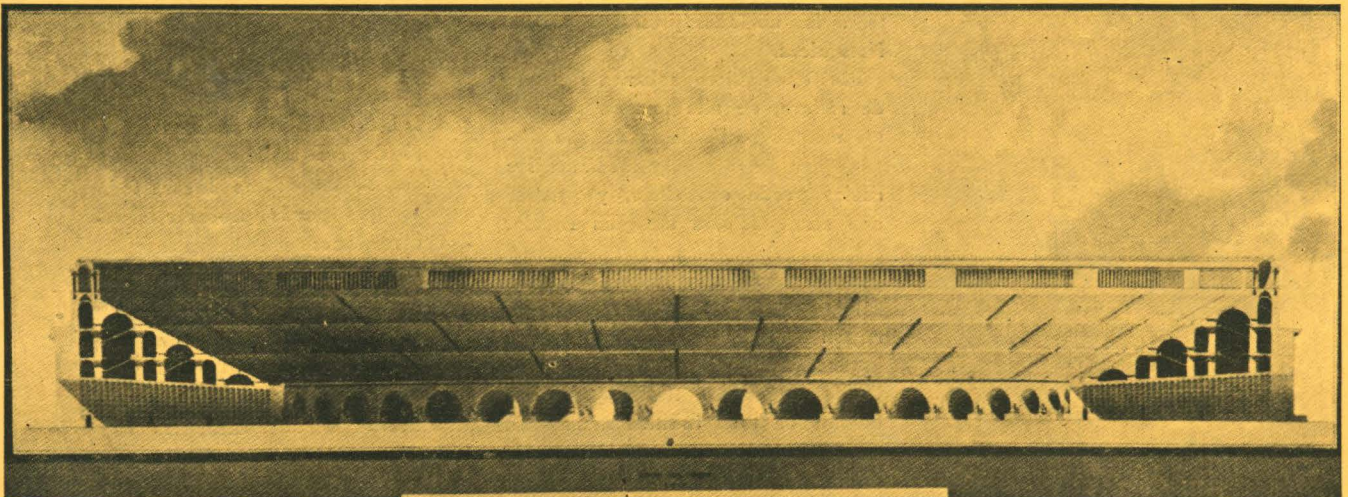
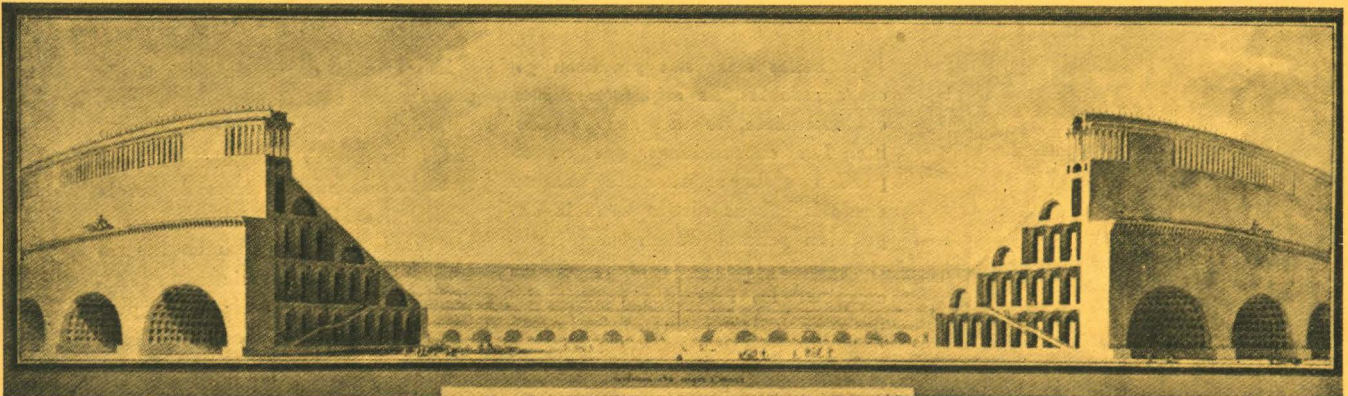
La magnificencia de las bellas artes surge de su unión y, sobre todo —lo repito—, de lo que toman de la arquitectura.

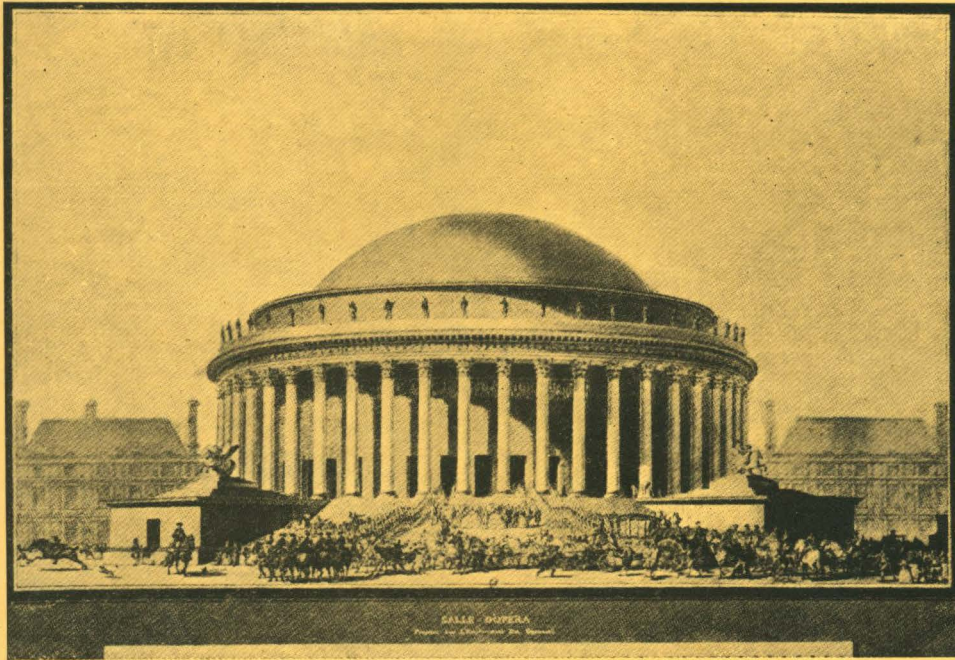
El efecto de la música y de la poesía, ¿no se ve aumentado por la ilusión del teatro, que expande sobre esas producciones, innegablemente, un encanto inefable?

De ello se deduce que estudiar y analizar la arquitectura es, en cierto modo, estudiar y analizar las bellas artes.

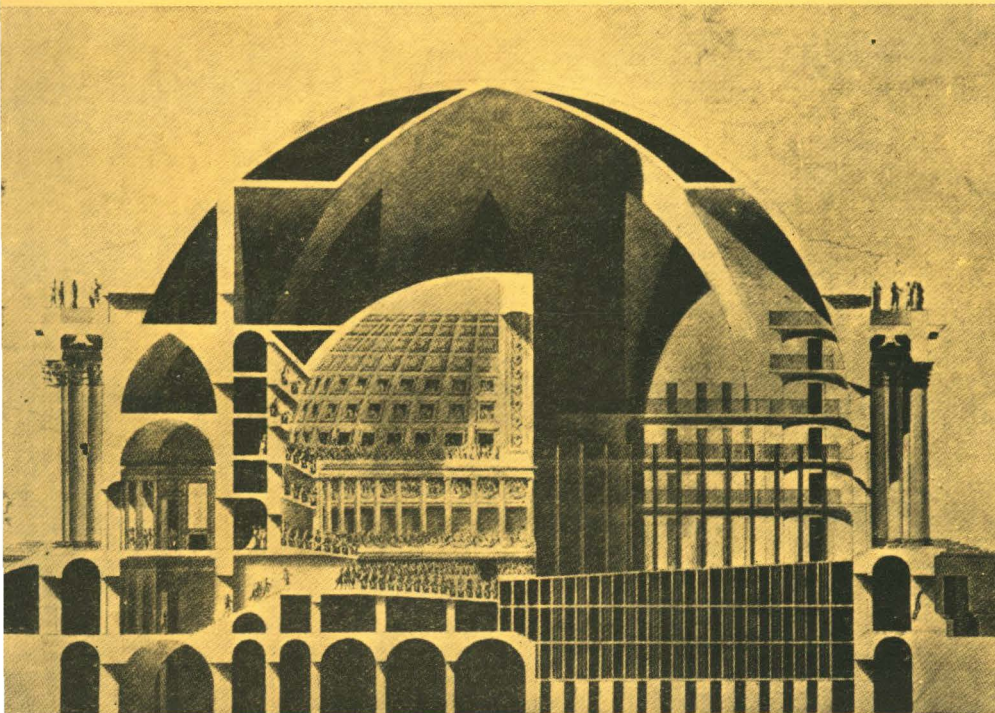
Pero no ocurre lo mismo con las producciones de la arquitectura que con las demás artes. Estas interesan más particularmente a sus autores. Aquéllas, por el contrario, interesan al Gobierno y a la nación. Es una gran desgracia que, después de unos

Fachada y sección de un circo.





Fachada y sección de un teatro de ópera.



gastos enormes, no se vea en un monumento más que una especie de mancha para el siglo que lo ha visto erigir, tanto más intensa y funesta para dicho siglo cuanto que ha de pasar a la posteridad.

Los Inválidos, el peristilo del Louvre, la puerta de Saint-Denis, etcétera, seguirán contribuyendo siempre a la gloria del siglo durante el cual fueron construídos.

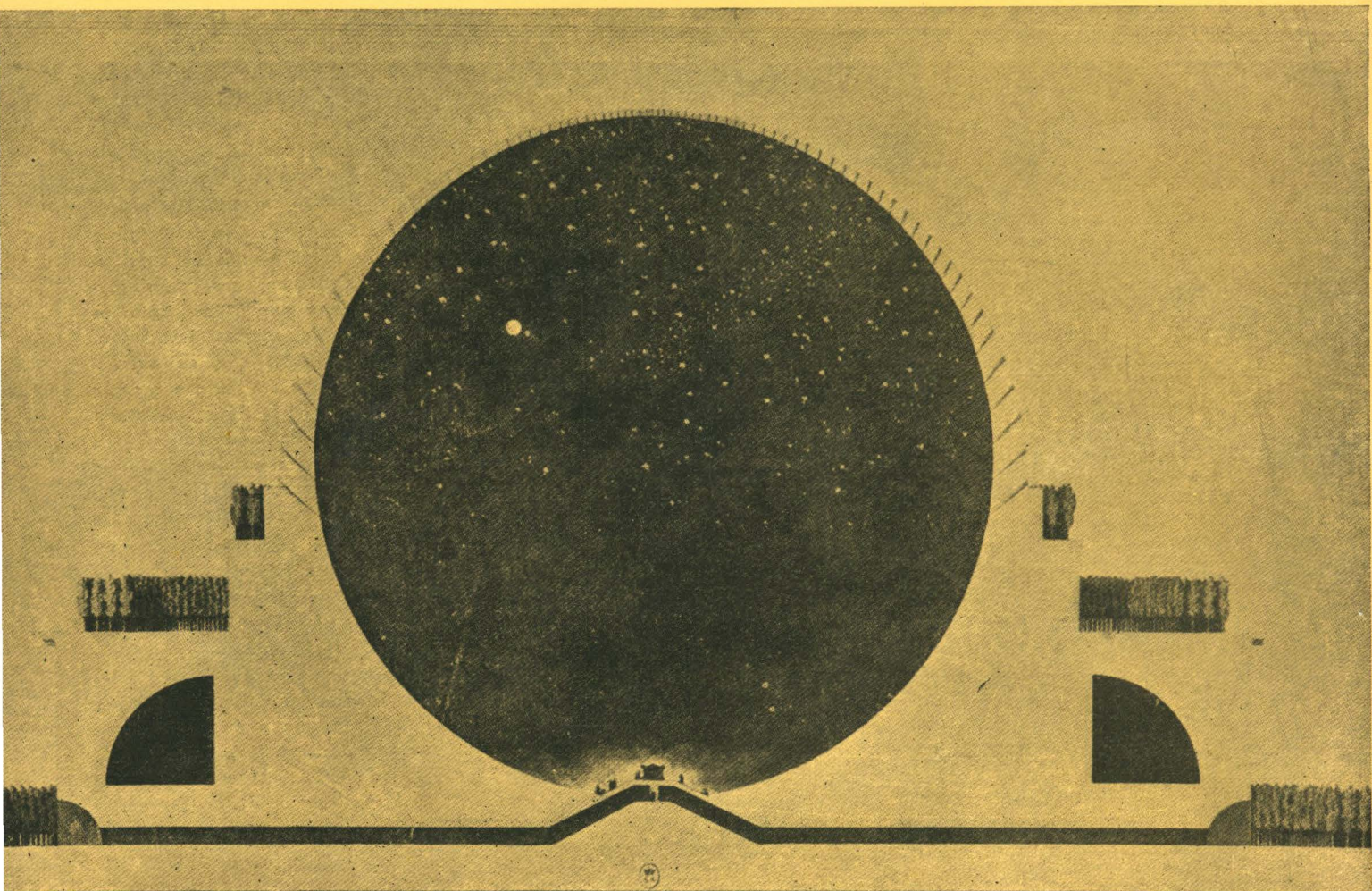
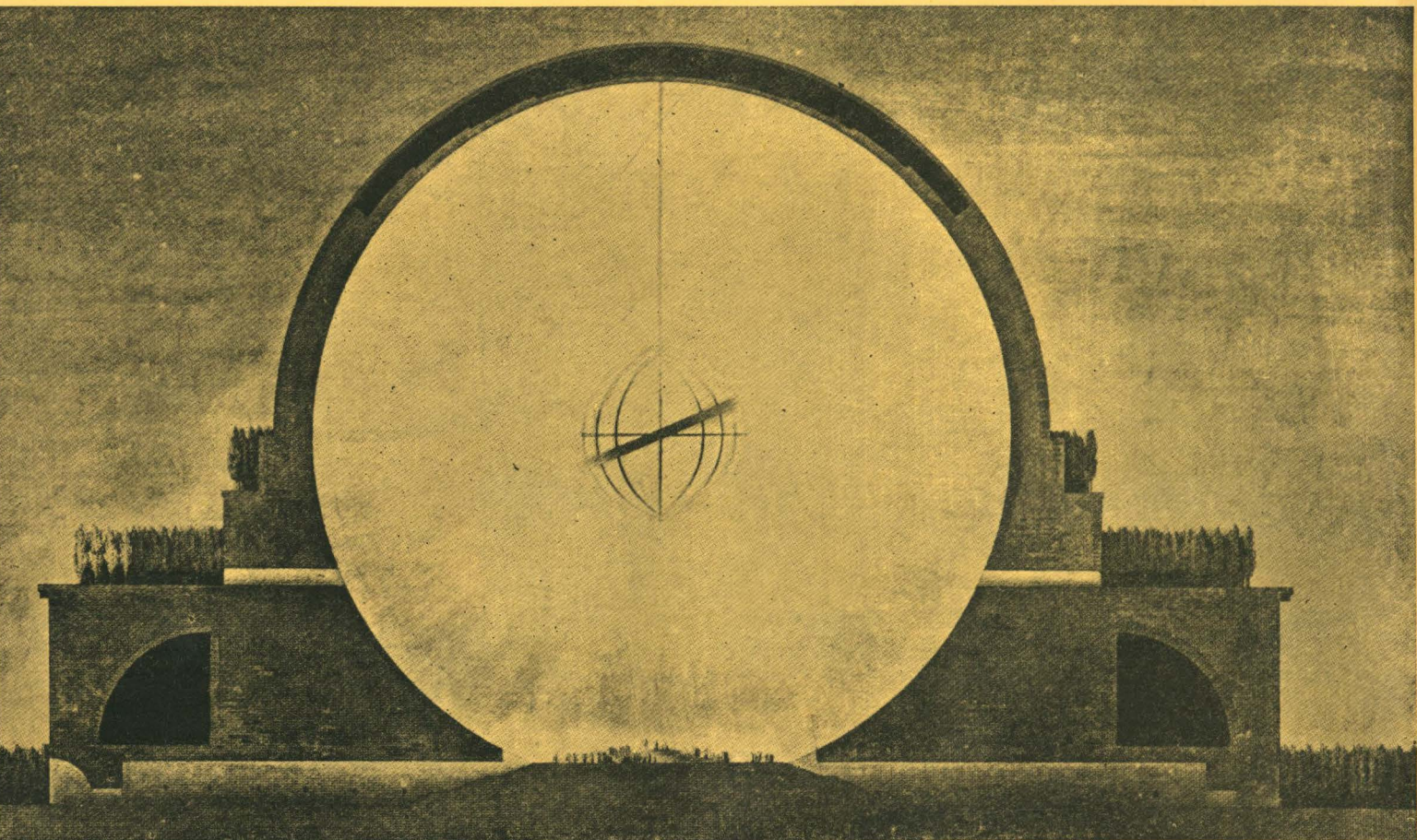
No he de repetir aquí lo que tantos autores han escrito acerca de los monumentos de la antigua Grecia. Nadie ignora cuán dignos de nuestra admiración son aquellos preciosos restos de la antigüedad y cuánto los respetamos, y cuánto, por último, perpetúan la gloria de aquella nación.

Pero ahora no como artista, sino como simple ciudadano, es como quiero ocuparme de la arquitectura.

Es obligatorio en nuestra educación estudiar las lenguas, cultivar las letras, el dibujo, la pintura, aprender matemáticas, consagrarnos a las ciencias abstractas y adquirir, en fin, numerosos conocimientos. ¿Por qué fatalidad el arte más útil y, por consiguiente, un arte creado para interesarnos se halla absolutamente descuidado? No pretendo, por supuesto, que deba dársele preferencia sobre todas las demás materias. Pero ¿se concibe que, con la excepción de los que profesan la arquitectura, casi nadie se ocupa de nuestro arte?

Creo firmemente que no obligar a adquirir conocimientos de arquitectura a ciudadanos que puedan llegar a ocupar puestos eminentes es un vicio de nuestra instrucción. ¿Cómo queremos que, en circunstancias en que tengan que ordenar o intervenir en la dirección de una construcción de cualquier edificio, esos ciudadanos puedan distinguir cuál es el hombre de mérito, el único digno de merecer la confianza?

He aquí el momento de citar un gran ejemplo que deberá seguirse, refiriendo las precauciones que fueron adoptadas cuando se trató de construir la fachada del Louvre. No solamente se recurrió entonces a los más inteligentes artistas de Francia, sino igualmente a un hombre que en toda Europa gozaba de la mayor celebridad: el Bernini, a quien se hizo venir de Italia. Entre este hábil artista y los de la nación establecióse la más noble competen-



Cenotafio a Newton. Vistas de día y de noche.

cia. Durante mucho tiempo fueron analizadas y discutidas sus diferentes producciones. Se escucharon las opiniones de muchos hombres de arte. Y sólo después de las más profundas meditaciones, y después de haber agradecido y recompensado magníficamente a Bernini, es cuando fueron llevados a la realidad los dibujos atribuidos a Perrault, que fué el triunfador frente a todos los demás competidores. Se comprende fácilmente que aquella competencia estimuló e hizo posible la comparación, sin la cual no hubieran podido emitir más que juicios equivocados. Fué así como Francia hizo ver a Europa entera que poseía entre sus hijos a los más hábiles artistas. Si no se tratara más que de cosas de puro recreo, no insistiría para que los hombres que un día pueden ocupar puestos elevados se ocupasen de la arquitectura. Pero cuando se piensa que de la elección de un hombre honrado e ilustre en este arte depende algunas veces una economía de diez, quince o veinte millones, y cuando además nos imaginamos que este hombre (no obstante dicha economía) puede dar una satisfacción en todos los demás conceptos de utilidad que un hombre mediocre es incapaz aun siquiera de percibir, nos vemos obligados, sin duda, a reconocer que no me falta razón para desear que se descuiden menos los conocimientos de un arte tan importante.

En este tratado ya he expuesto las razones por las cuales hasta ahora habíamos retrasado los progresos en arquitectura. Es un mal cuyos enojosos efectos he advertido, y por eso creo poder indicar los remedios al mismo. He manifestado que el descorazonamiento se apodera del arquitecto porque no tiene esperanza de desarrollar sus capacidades; que esta carencia de esperanza le lleva a descuidar el estudio profundo de su arte, y que la mayor parte de los arquitectos, limitados a ocuparse de su particular bienestar, debían ser considerados más bien como hombres de talento que como artistas. Si pudieran ofrecérseles motivos de esperanza, podrían enorgullecerse de que, realizando felices esfuerzos, gozarían de la ventaja de poder expresar su talento, y por eso me atrevo a creer que, mientras se sintieran excitados por un interés tan poderoso, se vería muy pronto

a la arquitectura alcanzar la perfección a que las demás artes han llegado. Basándome en esta confianza, no temo exponer los medios de estímulo que he concebido.

Creo poder afirmar que en toda la extensión de Francia se erigen muchos más edificios de los que se necesitan para asegurar empleo a las personas consagradas a la arquitectura, y que, si no se encarga de manera arbitraria la construcción de esos edificios, el hombre de mérito tendrá fundamento para concebir las más halagüeñas esperanzas.

He aquí cómo me parece que debería procederse, tanto para excitar el estímulo como para llegar a reconocer y a distinguir el talento de cada uno.

La Academia de Arquitectura, a imitación de la de Pintura, exigiría de las personas que juzgara dignas de su Asociación un proyecto que, al poner de relieve las dotes del recipiendario, contribuiría a formar las riquezas de la Academia. Con objeto de que estos proyectos fueran bastante interesantes, la Academia, en corporación, formaría un plan de ordenación para París. Este plan presentaría en bloque todos los proyectos de utilidad y de embellecimiento de que es susceptible una gran ciudad. En dicho plan figurarían los lugares designados para la erección de los edificios. Se redactarían los debidos programas, a los cuales deberían atenerse los concursantes. En caso necesario, éstos deberían redactar y unir a sus proyectos unas memorias sobre sus producciones. De esta forma, la Academia excitaría la emulación de los aspirantes, que se verían en la necesidad de querer triunfar frente a sus rivales. Comparando estos proyectos, estaríamos en condiciones de distinguir y juzgar acerca de la capacidad artística de los autores, con lo cual cada uno ocuparía el lugar que le corresponde y no el más bajo ni el más alto del alcanzado por otros medios. La Academia debería después presentar al Gobierno los proyectos más interesantes, y éstos serían los modelos que podrían realizarse. Al hallar en la Academia, donde los conduciría la curiosidad, todos los trabajos posibles de comparación, el público adquiriría conocimientos de arquitectura, sin que, por supuesto, ello fuera para él un tema o asunto de estudio particular. Este arte, puesto

así a la luz del día, interesaría a todo el mundo.

La Academia de Arquitectura ha establecido en todas las ciudades de Francia una correspondencia con los arquitectos de cada provincia. Estos se han comprometido a enviarle, de cuando en cuando, algunos materiales concernientes a su arte.

¿Por qué la Academia no exige que sus miembros correspondientes la imiten? Tendríamos así en la Academia, tanto respecto de París como de todas las demás grandes ciudades de Francia, todos los proyectos de utilidad y de embellecimiento de que tantos lugares diferentes podrían ser susceptibles.

Los ingenieros de puentes y caminos de Francia se consagrarían a rehacer un mapa nacional, en donde estarían expuestos los proyectos de nuevas carreteras, de canales, de puentes y, en general, de todo aquello que está relacionado con esta parte de la arquitectura. Cuando alguno de esos hombres aspirase a ingresar en la Academia, como mejor lo conseguiría sería tras una producción de ese género. El gran Blondel era ingeniero militar y maestro de matemáticas del gran Delfín.

Sería de desear que hubiera muchos como él en la Academia, para que ésta pudiera, con sus producciones, ofrecer todo lo que se refiere a la arquitectura.

Al exponer los medios de que tanto la Academia como todos sus miembros puedan ser útiles al Estado, dejo tal vez suponer cuán interesado está el Gobierno en procurar a esta Asociación de artistas todos los estímulos posibles. He ahí por qué me parece que, cuando se tratara de la construcción de algún edificio público, sería conveniente establecer la competencia, la cual, al obligar a hacer comparaciones, es

el único medio de asegurar los éxitos. Y para probar que sólo tenemos opiniones puras e imparciales, sería menester aún, a nuestro juicio, que los proyectos de los aspirantes fuesen expuestos públicamente.

El lugar más conveniente para esas exposiciones me parece el mismo en que está la Academia de Arquitectura. De esas exposiciones resultaría, sin duda, una censura razonada de los unos, la crítica amarga de los otros y tal vez la sátira fiel de los anónimos. Pero la luz de la verdad nace del choque y confrontación de las distintas opiniones. Y, después de todos esos debates públicos, llegaría el momento en que la Academia expondría su parecer. ¡Ah! ¿Quién podría dudar de que no se hiciera justicia a los artistas que hubieran dado pruebas del mayor talento, después que los miembros de la Academia hubieran tenido a la vista y revisado todas las disertaciones públicas, y, además, estando interesados en la gloria de la Institución y en satisfacer la confianza del Gobierno, como igualmente en no dar pretexto a que se hablara o escribiera contra ellos?

Querría expresar los sentimientos deliciosos que se han apoderado de mí cuantas veces he sabido que la Academia ha respondido a las consultas que le han sido dirigidas. En sus libros de actas pueden verse los hechos a los cuales aludo aquí. También puede verse cómo, en diferentes circunstancias, los miembros de la Academia se han hallado en lucha con sus alumnos, y cómo estos últimos, cuando lo han merecido, han obtenido el sufragio de la Academia. Y si esta prudente conducta no ha tenido por qué sorprenderme, ciertamente ha podido parecerme notable que fuese hecha justicia de ese modo y sin que ningún miembro de la Academia se atreviera a tener en cuenta otras consideraciones que las obras presentadas por los aspirantes.

Capilla funeraria.

